

Is 55, 10-11

Sal 64

MT 13, 1-23



La Palabra que fecunda

Después de escuchar la Palabra de Dios, surge en el interior esta pregunta ¿porqué da tanto fruto en unos y tan poco en otros? Jesús responde con una imagen sencilla: un sembrador que sale a sembrar. No comienza por la semilla, sino por el sembrador. Dios nunca deja de confiar en la tierra que somos nosotros.

Isaías había anunciado este misterio: la lluvia y la nieve no vuelven al cielo sin fecundar la tierra. Así la Palabra de Dios nunca es estéril; puede parecer oculta, pero lleva dentro una fuerza creadora que nada apaga. La eficacia pertenece a Dios; la acogida nos corresponde a nosotros. La gracia no destruye la libertad: la despierta.

Un comentario rabínico dice: «Así como una gota de lluvia perfora la roca, también una palabra de la Torá penetra poco a poco en el corazón.» Dios trabaja despacio porque ama profundamente.

Jesús describe cuatro terrenos, pero ninguno es destino definitivo: el camino puede ararse, las piedras retirarse, los espinos arrancarse. El Evangelio no clasifica personas, sino procesos del corazón. El mayor peligro no es el pecado, sino el endurecimiento interior. Cuando dejamos de escuchar, la tierra se vuelve compacta y la Palabra no penetra.

Un corazón que acoge



San Isaac el Sirio aconsejaba: «Haz de tu corazón una tierra humilde y Dios sembrará en ella su Reino.» No pide perfección, sino disponibilidad. El entusiasmo sin raíces es alegría efímera. La vida espiritual necesita paciencia: los árboles que sobreviven son los que han echado raíces invisibles. Como decía un maestro jasídico: «La semilla no teme desaparecer bajo la tierra, porque allí comienza su vida.»

Los espinos son las preocupaciones y prisas que ahogan lo esencial. Vivimos rodeados de voces que nos dicen como debemos ser, mientras la voz de Dios nos recuerda quién somos: hijos amados. Solo quien escucha esa voz da fruto con libertad.

La tierra buena no es extraordinaria: es simplemente abierta. San Benito resume toda la vida cristiana en una palabra: «Escucha». Antes de hacer o comprender, el discípulo escucha. De esa actitud nace toda fecundidad.

Cuando un corazón acoge la Palabra, toda la creación recibe su bendición. El cristiano fecundo se convierte en lluvia para los demás. Quien vive la Palabra se asemeja a un árbol junto al manantial: ofrece sombra y alimento.

El Evangelio concluye con cosechas abundantes: treinta, sesenta y ciento por uno. Dios no calcula con lógica de escasez. Donde encuentra un corazón disponible, su generosidad desborda.

¿Qué necesito para ser tierra fértil?

Siempre que se proclama la Palabra, como acontece cada domingo, el buen Dios *“veritatis suae lumen ostendit”* (muestra la luz de su verdad), como se reconoce, a modo de profesión de fe, en la oración colecta y lo hace: *“ut ad viam rectam redire possimus”* es decir: para que podamos volver al camino recto.

Hoy, por tanto, el Señor vuelve a sembrar. La pregunta no es si la semilla es buena, sino qué necesita mi corazón para ser tierra fértil: quizá perdón, silencio, o arrancar algún espino... que nunca falta. El sembrador no solo nos habla: se nos entrega como alimento, para que también nosotros lleguemos a ser semilla para el mundo y, por tanto, los que hemos hecho profesión de fe cristiana (*christiana professione*) el día de nuestro bautismo, como sigue diciendo la colecta, nuestra vida ilumine a un mundo que yace en tinieblas y en sombras de muerte (Lc ,799).





Deus, qui errantibus, ut in viam possint redire, veritatis tuae lumen ostendis, da cunctis qui christiana professione censentur, et illa respuere, quae huic inimica sunt nomini, et ea quae

sunt apta sectari.

Traducción oficiosa

Oh Dios, que a los que yerran les muestras la luz de tu verdad para que puedan volver al camino, concede a todos los que son considerados cristianos por profesión (bautismo), rechazar lo que es enemigo de este nombre y seguir lo que le conviene.

Reflexión

La oración colecta de este domingo pide coherencia entre la fe profesada y la vida vivida. Es una súplica de conversión continua, no solo moral sino interior: que la luz de la verdad transforme el corazón errante.

La plegaria de este día, por tanto, nos sitúa ante un Dios que no abandona al que se extravía, sino que sale a su encuentro con la luz de la verdad, y la luz de la verdad es su Palabra. No es una luz que deslumbre, sino que orienta. Dios no humilla al que se equivoca; lo invita a volver al camino.

La fe cristiana no consiste en no errar, sino en orientarse por la luz. Cada vez que la Palabra ilumina una zona oscura de nuestra vida, se cumple esta súplica: el errante vuelve a la senda. La conversión es un movimiento de retorno, pero también de confianza: creer que aún hay camino por delante.

El texto pide que los cristianos “rechacen lo que

es enemigo del nombre” y “sigan lo que le conviene”. No se trata de moralismo, sino de identidad. El “nombre” de Cristo es su presencia viva en nosotros. Rechazar lo que le es enemigo significa apartar todo lo que oscurece su rostro: la dureza, la indiferencia, la mentira, el afán de dinero. Seguir lo que le conviene es cultivar lo que revela su amor: la misericordia, la verdad, la humildad.

La oración tiene una estructura pedagógica: Dios muestra la luz → iniciativa divina.

El hombre vuelve al camino → respuesta libre.

El cristiano discierne → fidelidad cotidiana.

En el fondo, esta colecta nos enseña que la vida cristiana es un camino de retorno constante. No se trata de perfección, sino de orientación. El creyente no vive sin errores, pero no se queda en ellos: deja que la luz de la verdad lo guíe de nuevo.

San Gregorio Magno decía: “La luz de la verdad no se impone, sino que persuade al corazón humilde.” Por eso la oración concluye con una petición de coherencia: que quienes llevan el nombre de Cristo vivan según su verdad. La fe no es una etiqueta, sino una forma de caminar iluminados en medio de...no pocas tinieblas.

Síntesis

La oración nos enseña que: Dios ilumina al que se pierde. El cristiano vive de una profesión pública. La vida cristiana es renuncia y seguimiento. Cristo es el criterio de todo discernimiento.



EN LAS FUENTES DE AGUA VIVA

CATEDRAL DE OVIEDO



IC XC

XV DOMINGO PER ANNUM A

LA PARÁBOLA DEL SEMBRADOR

MATEO 13,1-23



EL QUE ESCUCHA LA PALABRA Y NO LA ENTIENDE, VIENE EL MALIGNO Y LE QUITA LO SEMBRADO EN SU CORAZÓN.

EL QUE LA ESCUCHA Y ENSEGUIDA LA RECIBE CON GOZO; PERO NO TIENE RAÍZ, DURA POCO Y CUANDO LLEGA LA TRIBULACIÓN O LA PERSECUCIÓN A CAUSA DE LA PALABRA, ENSEGUIDA TROIEZA.

EL QUE LA ESCUCHA, PERO LOS AFANES DEL MUNDO Y LA SEDUCCIÓN DE LAS RIQUEZAS AHOGAN LA PALABRA Y QUEDA SIN FRUTO.

EL QUE LA ESCUCHA Y LA ENTIENDE, ESTE SÍ DA FRUTO: UNO EL CIENTO, OTRO EL SESENTA, Y OTRO EL TREINTA.

A VOSOTROS SE LE HA CONCEDIDO CONOCER LOS MISTERIOS DEL REINO DE LOS CIELOS; PERO A ELLOS SÓLO EN PARÁBOLAS, PARA QUE MIRANDO NO VEAN, Y OYENDO NO ENTIENDAN.

Y LES PROPUSO OTRA PARÁBOLA: «EL REINO DE LOS CIELOS ES SEMEJANTE A UN SEMBRADOR QUE SALIÓ A SEMBRAR. AL SEMBRAR, UNA PARTE CAYÓ AL BORDE DEL CAMINO, Y VINIERON LOS PÁJAROS Y SE LA COMIERON. OTRA PARTE CAYÓ EN TERRENO PEDREGOSO, DONDE APENAS HABÍA TIERRA, Y BROTÓ ENSEGUIDA, PORQUE LA TIERRA NO ERA PROFUNDA; PERO CUANDO SALIÓ EL SOL, SE QUEMÓ Y, POR FALTA DE RAÍZ, SE SECÓ. OTRA PARTE CAYÓ ENTRE ESPINOS, Y LOS ESPINOS CRECIERON Y LA AHOGARON. OTRA PARTE CAYÓ EN TIERRA BUENA Y DIO FRUTO: UN GRANO EL CIENTO, OTRO EL SESENTA, Y OTRO EL TREINTA. EL QUE TENGA OÍDOS, QUE OIGA.»